

Nueve minutos. Escritura vertiginosa en la formación docente en Letras

Paula Labeur*

9 minutos para escribir una frase, una historia, un poema. Nosotros te damos las pistas, vos encontrás la solución, la tuya: única e irrepetible. Vos también podés escribir. Son 9 minutos de escritura vertiginosa, 9 minutos de creación literaria- escribe Mercedes cuando alguien le pide que en nueve minutos describa la experiencia que fue los nueve minutos en el IES N° 1 “Dra. Alicia Moreau de Justo” durante tres martes del segundo cuatrimestre de 2009 [1]. Intentaré entonces ahora escribir esta historia para que pueda leerse en nueve minutos.

Didáctica de la lengua y la literatura II es un espacio curricular del trayecto de la formación centrado en la práctica docente que explora esto que entendemos como una didáctica de la lectura y la escritura en otros espacios que no son la escuela como los talleres, las bibliotecas populares, los comedores, los geriátricos, los clubes, los cursos de español como lengua extranjera, los cursos de capacitación docente..., una didáctica en ámbitos no formales. Este espacio curricular, pensado como un taller, se desarrolla –además de la discusión de la bibliografía teórica- con la visita de invitados que trabajan en esos espacios y cuentan su experiencia en ellos [2]. A veces traen las producciones que obtuvieron en esos espacios, a veces traen registros, a veces traen mesas de libros, a veces ponen a todo el mundo a escribir en un taller armado ahí mismo y sobre la marcha. La instancia de evaluación final es la presentación de un proyecto que pudiera presentarse en algunos de los lugares mencionados para llevarlo a cabo [3]. Es decir que cuando la cursada finaliza, cada alumno tiene un proyecto elaborado de manera teórica que hipotéticamente puede ponerse a funcionar en un ámbito no formal. Como muchos de los alumnos que cursan este espacio curricular están cursando a la vez la Práctica y Espacio de deliberación II en el que desarrollan prácticas en ámbitos no formales, la formulación de estos proyectos hipotéticos se cruza con la experiencia que aporta la práctica concreta y las preguntas que surgen de ella.

* Paula Labeur es Jefa de Trabajos Prácticos de Didáctica Especial y Prácticas de la Enseñanza en Letras en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y la coordinadora del Trayecto centrado en la Práctica Docente del IES n° 1 “Dra. Alicia Moreau de Justo” (CABA). En la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) coordina la Licenciatura en Enseñanza de la Lengua y la Literatura. Tiene tres hijos, una perra, un gato y un montón de cactus y cañas de bambú en la terraza.

Un problema es quizás definir esto que llamamos alegremente “ámbito no formal” y que no tiene límites demasiado precisos. Si formal es la escuela, no formal parece ser lo que no es la escuela. Pero en muchos casos lo no formal ocurre en la misma escuela en otros momentos que no son los de las “materias” y en otros, lo no formal pretende tener la organización precisa de lo formal como cuando en un taller un coordinador pretende que se escriba una novela colectiva en ocho encuentros en un sindicato, un cuento de terror en seis reuniones en una biblioteca popular, textos que se puedan musicalizar en ocho sesiones para bailarines; cuando, en contextos de encierro, las madres presas lean y escriban para sus hijos y se transformen en narradoras orales a la hora de la siesta; cuando investigadores en ciencias exactas escriban ciencia ficción y después de ocho encuentros no duden en exponerla en los posters a los que los tiene acostumbrados su actividad profesional.

Desde el Plan de estudios del Profesorado en Lengua y Literatura este espacio curricular, como todos los espacios que piensan en el ámbito no formal, pretende ampliar el perfil de este profesor al proponerle indagar sobre otros ámbitos diferentes a la escuela en los que se pueden desarrollar prácticas de lectura y escritura. Pero al mismo tiempo y porque estos espacios menos conocidos proponen otros modos de pensar la enseñanza de la lengua y la literatura que no se enredan en la biografía escolar o no la tienen tan presente como cuando de la escuela se trata, pretendemos que las preguntas y experiencias que surgen en este ámbito impacten en la construcción de una nueva mirada sobre la enseñanza en la educación formal.

Los invitados y la bibliografía nos cuentan modos de trabajo en el ámbito no formal que serían fácilmente transpolables a la escuela si logramos sustraernos a nuestra memoria escolar, en el mismo sentido traccionan prácticas breves ya realizadas en la escuela; el mismo ámbito de formación se transforma instantáneamente en un taller de escritura –como los que ya existen en el mismo instituto- que permite pensar problemas de una didáctica de la lengua y la literatura. Y todo esto está sucediendo en un formalísimo lugar de enseñanza como es la clase de un instituto de formación docente. Es entonces desde la misma experiencia de formación que esa diferencia tajante entre lo formal y lo no formal va difuminándose y permitiendo pensar en modos más flexibles para imaginarse como un profesor en Lengua y Literatura y un coordinador de lecturas y escrituras.

En este marco es en el que se produce la experiencia de los nueve minutos cuyo relato no debe extenderse más allá de los nueve minutos de lectura. Como proyecto posible a desarrollar, a Verónica se le ocurre inventar un taller de escritura que transcurra en los andenes del subte. La condición, dada por el tiempo, es que tanto los textos leídos como los que se propone escribir sean breves. Todo el grupo discute esa propuesta que va tomando forma con sus propias características. Y tal entusiasmo crea que nos

preguntamos por qué no sería posible llevarla a cabo en el mismo instituto en un tiempo similar al que puede llevar esperar al subte un día que viene más demorado que de costumbre.

Había una vez una materia y la materia exigía (entiéndase bien: EXIGÍA) un taller por cabeza para educación no formal. Y fue que alguien dijo hacer poesía o algo así, que lo que es yo no lo entendí mucho, para la gente que espera el subte. Y entre subte y subte un poema. Un cuento se cuenta en todos lados, en un ascensor por ejemplo. Y en ese lapso una historia se perdió, algo no se dijo. ¿Cuántos Quijotes perdidos entre un subte y otro? No podemos tolerarlo-se encrespa Gabriel.

Y elegimos lugar, día y horario. Tres martes (que es el día de cursada) de noviembre, el 3, el 10 y el 17 en el hall del Alicia a la hora en que mayor cantidad de gente ingresa: alrededor de las siete. Decidimos que serán nueve minutos exactos: de 18.51 a 19.00, dos momentos que una trompeta estridentemente tocada por Mercedes señalará. Un escritorio en la entrada, dos pizarrones con rueditas puestos detrás impiden el paso frontal. Se pueden esquivar pasando por el costado, pero no puede ignorarse que allí está por pasar algo.

Invadir, desestructurar. El placer de ver crecer unas ganas. Un lugar donde la gente transita, lee, subraya, resalta, fuma y toma café se podía convertir en el lugar de confluencia de unas escrituras urgentes. Los géneros breves fueron quienes dieron la pauta para un recorrido que convoque a la ficción desde lo lúdico e inesperado-se entusiasma María L.

Convocamos entonces –después de discutir y evaluar posibilidades- a tres géneros: el refrán, el microrrelato, el limerick. Imaginamos que estos textos hiperbreves se adaptarán al tiranísimo tiempo pautado y promoverán –desde el juego con el absurdo y la metáfora- la ruptura con el sentido común y las ideas más cristalizadas acerca de qué es escribir.

La primera consigna del taller fue preparar para el primer martes mitades de refranes escritos en tarjetones. Durante toda la semana los refranes a ser cortados por su justa mitad circularon por el correo del grupo y cada uno eligió unos cuantos para escribirlos en las tarjetas.

Primer martes: refranes.

Como resultado, el primer martes en el escritorio hay montones de tarjetas. Cuando suena por primera vez la trompeta, Gabriel, autoerigido en maestro de ceremonias, explica qué es lo que hay que hacer: completar el refrán como a cada uno se le dé la gana y pegarlo en el pizarrón. La sucesión de los refranes completados va formando, al azar y por orden de llegada, los versos de un poema. Y con este sistema se obtienen nueve poemas que llevamos a la clase y tratamos de descifrar ya que no se puede exigir caligrafía en una escritura

vertiginosa. Tipeados, son pegados durante la semana en los pizarrones de la entrada y subidos a un blog [4] que además ilustra la actividad con las fotos tomadas por los fotógrafos que son los dueños de celulares y alguna invitada a la actividad.

Durante la clase de ese martes se discute además cómo continuarán los nueve minutos. De los medio refranes que sobraron recortaremos palabras que pondremos en el mismo escritorio del hall para que cada concurrente elija y escriba con ella un microrrelato.

Segundo martes: microrrelatos.

Cuando suena la trompeta, otra vez la consigna: hay que elegir una palabra y con ella escribir un microrrelato que pueda entrar en una pantalla de celular. Hay que enviar ese relato a los números de celular que están gigantemente anotados en el pizarrón detrás del escritorio. Los que no tengan crédito o no quieran caer en las garras de las telefónicas pueden escribir sus microrrelatos en unos papelitos que son tan grandes como la pantalla de un celular tipo.

En la clase que sigue a la actividad leemos los textos que subirán al blog e intentamos hallar en ellos a esos personajes que se merezcan un limerick. Cuando encontramos a un señor de Morón, un herrero que vivía en Longchamps, una joven lujuriosa de San Telmo, un vago profesor del IES, un mago que vivía en Oz, una señora que lo hacía en Utilísima y a Fernanda enamorada de un muchacho de Berisso escribimos limericks incompletos: cada uno tiene su primer verso, en el que aparece presentado el personaje y algún otro de los cinco versos para orientar o definir la rima. En el último verso, un lugar libre para completar con el adjetivo que vuelve sobre la característica del personaje.

Tercer martes: limericks.

Quienes entraron al Alicia entre las 18.51 y las 19.00 del martes 17 de noviembre se encontraron con el escritorio lleno de papelitos en blanco para rellenar los versos faltantes sin faltar a la rima. Los papeles se pegaban en los espacios reservados para eso y en los nueve minutos que indicó implacable la trompeta obtuvimos la friolera de 39 limericks muy respetuosos de la métrica y el ingenio.

Como cada vez tipeamos y subimos al blog las producciones y consideramos que la intervención poética había finalizado. Pero no. La revista del centro de estudiantes nos solicitó un artículo que la contara. El portavoz de la revista no había terminado de salir del aula cuando ya había una nueva consigna de escritura: cada uno debía escribir en nueve minutos la experiencia de los nueve minutos. Después solo sería pegar esos

pretextos y tendríamos el artículo solicitado. De esa producción están tomados los fragmentos de los nueve minutos que aparecen en *itálica*.

Quisiera cerrar volviendo al problema: un grupo de educación formal, al tiempo que trabaja formalmente en un proyecto para el ámbito no formal, imagina y lleva a cabo un proyecto no formal que se propone poner a escribir géneros hiperbreves a toda la comunidad educativa del Alicia dentro de la institución en los tiempos institucionales con una mínima modificación del paisaje habitual. ¿Dónde están los límites entre estos dos campos y dónde entre una didáctica de la lengua y la literatura y otra de la lectura y la escritura; cuándo estamos coordinando y cuándo somos profesores, cuándo producimos y cuándo enseñamos?

Nueve minutos en la espera de un colectivo llegando tarde al trabajo es mucho. Nueve minutos que faltan para salir del trabajo es mucho. Nueve minutos para subir al escenario es mucho. Nueve minutos de un partido de un fútbol es poco. Nueve minutos para dormir es poco. Nueve minutos para jugar con tu hijo es poco. Pero nueve minutos para hacer una actividad divertida con consignas interesantes...¡¡está bien!!- redacta Rodo cuando tiene que decir qué son los nueve minutos.

Nueve minutos también están bien para ponerse a pensar en esos límites porosos, en las fronteras difusas, en la posibilidad, desde la formalidad de las instituciones, de pensar en modos alternativos de apropiarnos de los espacios y habilitar las voces en esos lugares que de entrada parecen ajenos por la misma formalidad de las que somos objeto y sujetos. Para enseñar y aprender al tiempo que se hace. “Hubo poesía donde no había”- dijo Mercedes cuando evaluamos el trabajo. Quizás eso también está bien.

Notas

[1] Los nueve minutos: Verónica Pringles, Hemilse Pereiro, las Marías Mendoza y Lozano, Gabriel Graves, Rodo Martínez, Matías Trotta, Marisa Obezzi, Nicolás Paolini, Claudia Expósito, Claudio Miranda, Mercedes Peralta y Diego Lobo.

[2] Gracias a Alcira Bas, Lorena Healy, Sergio Frugoni, Romina Colussi, Alejo Zabalza, Valeria García y Gonzalo Gallego por las puntas que generosamente nos tiraron.

[3] Sus proyectos para el ámbito no formal están en www.didacticalicia.blogspot.com

[4] Las producciones en nueve minutos: www.sonuevem minutos.blogspot.com

Bibliografía

Aira, César (2004): *Edward Lear*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo.

Berti, Eduardo (2007): “El cuento más breve del mundo”. Disponible en: www.eduardoberti.blogspot.com/2007/08/el-cuento-ms-breve-del-mundo-eduardo.html

Lagmanovich, David (2006): “La extrema brevedad: microrrelatos de una y dos líneas”. Disponible en: www.ucm.es/info/especulo/numero32/exbreve.html

Privat, Jean-Marie (2001): “Socio-lógicas de las didácticas de la lectura”. *Lulú Coquette. Revista de didáctica de la lengua y la literatura*, año 1 n° 1, Buenos Aires, El Hacedor, septiembre.